

A OCHO DIAS VISTA

Factores de la guerra.- Cuestión de ochavos.- Misas de gracias.- De dónde saldrán esas misas.- Filosofías de Ultramar.- El forzado de Dragut.- En donde ha de mirarse el mapa de Cuba.- Los bastidores de la guerra.- La inicial del general en jefe.- La W y la M.- La disolución de las Cortes.- ¿Esquilo el perro?.- Cánovas y la ropa vieja.- Un atraco en perspectiva.

Sesenta, ochenta, noventa, cien mil hombres, cuantos hicieron falta para la campaña de Cuba, allá fueron sin obstáculo ni inconveniente alguno, y aquí quedan otros y otros cien que seguirán el mismo camino apenas la patria necesite el brío de sus brazos y el generoso tributo de su sangre.

Mas ¡ay! que el soldado no es más que un factor en la guerra; y el otro factor, la miserable bolsa de dinero, con ser lo más frío, inanimado y despreciable, es lo que más nos preocupa a todos y trae enredado y preocupado al Gobierno hoy día de la fecha.

El poderoso empuje dado por las fuerzas españolas en los últimos días nos hace esperar que no ha de pasar mucho tiempo sin que oigamos el ansiado Te Deum, las misas de gracias y las fiestas religiosas en honor del Dios de nuestros ejércitos vencedores.

- Bueno; pero ¿de dónde saldrán estas misas?

Tal es la pregunta que hará para sus adentros mi ilustre pai-



sano el ministro de Ultramar, mientras piensa en amarga reflexión que es más difícil arrancarle un ochavo al Bando de España que muchos hijos a los brazos de sus madres.

Terrible y profundo contraste, que no es de ahora, sino eterno, porque si oro es lo que oro vale, aquello que vale mucho más que el oro, como es la vida del hombre, resulta que no vale oro ni nada, porque los extremos se tocan, y tanto importa el summum del valer como el colmo de la insignificancia.

A mayor corazón, más noble empuje para el sacrificio. De ahí que la madre dé sin vacilar sus hijos a la patria y el capital no dé sus ochavos, porque no teniendo humanas entrañas, no hay que buscar en él humanos efectos.

No sé si filosofará de este modo el simpático consejero que hoy lleva sobre sí el peso más ingrato y menos lucido de la campaña de Cuba; pero tiempo le queda de filosofar mientras aguarda a la puerta de nuestro primer establecimiento de crédito en situación parecida a la del famoso forzado de Góngora:

Amarrado a un duro Banco,  
peor que el de una galera,  
ambas manos en el remo  
y ambos ojos en su tierra,  
un ministro de Ultramar  
en la playa de Marbella  
se quejaba al ronco són  
del remo y de la cadena.



La guerra entra, por consiguiente, en una fase no prevista en ninguna obra de táctica militar, y capaz de volver loco a cualquier estratega de los que por acá hacen y deshacen sobre el mapa de Cuba.

¿Huye el enemigo? Pues ¡ya se sabe! a enemigo que huye, puente de plata. Pero ¿de dónde sacamos la plata para hacer el puente?

¿Hace cara el enemigo? Pues no queda otro remedio que batir el cobre. Pero ¿queda siquiera algún perro chico por batir?

Problema es éste que aunque pueda plantearle cada cual en su propia mesa, no se resuelve, ciertamente, colocando soldados, sino plantando en los puntos estratégicos aquellos bien sonantes cartuchos de que se servía Perico el emperador.

Hoy por hoy, conviene tener ante la vista el mapa de Cuba.

Mas para que le dé bien la luz del sol, conviene ir a mirarlo en el corro de la Bolsa, en el patio del Banco y en las antecampos de Hacienda y de Ultramar.

El primer acto de la guerra ha terminado con un efecto escénico tan grande y colosal como el relevo del general Martínez Campos.

Empezará el segundo entrando por el foro el general Weyler.

Y hasta que llegue este momento, claro es que nos encontramos en un entreacto, y es muy natural, por consiguiente, que despierten más interés los bastidores de la guerra que la guerra misma.

Para ésta guardamos todos nuestros optimismos.

Esa letra simbólica y morrocotuda, esa inicial del general en jefe, de la cual tanto y tan ingenioso partido sacaba Mariano de Cavia en su artículo de El Imparcial, expresa bien a las



clara que la segunda fase de la guerra ha de ser distinta en todo de la anterior, pese al viejo refrán de que "nunca segundas partes fueron buenas".

La misma lisonjera opinión de su inicial debe de tener el general en jefe, cuando lleva la barba con arreglo a las líneas de la W.

Weyler, Martínez Campos... Dos generales distintos, y dos iniciales distintas también.

Porque, ¿qué es una M sino una W vuelta del revés?

¿Y qué es una W más que una M abierta hacia arriba?

Abandonémonos a nuestro optimismo, y viendo hacia lo alto las "úes de corazón", digamos con el oficiante: !sursum corda!

-o-

- ¿Esquilo el perro? es decir, ¿disuelvo las Cortes? se pregunta el presidente del Consejo en sus ratos de ocio.

- Hombre, por mí, ¡esquilelo usted! responde el país encogiéndose de hombros con la más glacial indiferencia.

Y es natural: porque ese perro, como los pasados perros colegisladores, no han sido nunca de la nación. El divorcio entre éste y las Cortes cada vez está más patente, y no habría ningún padre de la patria que se sometiera políticamente a la investigación de su paternidad.

De ahí que el problema de la disolución, pese al famoso y ya olvidado mensaje de los republicanos, y pese también al brío con que D. Práxedes se apercibe a defender lo que es suyo, no pase de ser un tópico del cual echan mano los diarios cuando no tienen otros Maceos de qué tratar.



D. Antonio se niega a gobernar con las Cortes actuales, como se negaría cualquiera a vestirse con ajena ropa, máxime siendo mayor el difunto, porque Sagasta es más alto que Cánovas, y Aguilera que Cos Gayón, y Maura, por de contado, más que Tejada Valdosa.

Claro es que D. Antonio no tuvo más remedio el año pasado que apechugar con la ropa parlamentaria que D. Práxedes le dejó con toda la herencia fusionista; pero mal haría en volvérsela a poner, ahora que tienen paño nuevo y sastre suyo, porque ahí está, sin ir más lejos, el ministro de Gobernación preparando los cartabones (vulgo gobernadores de provincia) y cortando patrones en la propia ley electoral.

¿Ni cómo, aunque D. Antonio quisiera, habían de servir para los usos actuales unas Cortes elegidas en Marzo del 93?

Con lo pronto que aquí pasan las modas, esa ropa está ya imposible.

D. Práxedes, sin embargo, defiende las Cortes actuales, sueña con ellas y no las suelta a tres tirones; mas ese mismo celo será causa de su desgracia, porque una noche de éstas se va a encontrar con que le atracan en una esquina, le ponen al pecho un decreto de disolución de siete muelles, y habrá de soltar, mal que le pese, la preciada carga fusionista, que afortunadamente para él llevó siempre debajo del brazo.

De todas suertes, y dada la general indiferencia, el acontecimiento será considerado como un atraco vulgar, del cual darán breve cuenta los diarios en la sección de "Sucesos".

Luis Royo Villanova.



## A OCHO DIAS VISTA

Factores de la guerra.- Cuestión de ochavos.- Misas de gracias.- De dónde saldrán esas misas.- Filosofías de Ultramar.- El forzado de Dragut.- En donde ha de mirarse el mapa de Cuba.- Los bastidores de la guerra.- La inicial del general en jefe.- La W y la M.- La disolución de las Cortes.- ¿Esquilo el perro?.- Cánovas y la ropa vieja.- Un atraco en perspectiva.

Sesenta, ochenta, noventa, cien mil hombres, cuantos hicieron falta para la campaña de Cuba, allá fueron sin obstáculo ni inconveniente alguno, y aquí quedan otros y otros cien que seguirán el mismo camino apenas la patria necesite el brío de sus brazos y el generoso tributo de su sangre.

Mas ¡ay! que el soldado no es más que un factor en la guerra; y el otro factor, la miserable bolsa de dinero, con ser lo más frío, inanimado y despreciable, es lo que más nos preocupa a todos y trae enredado y preocupado al Gobierno hoy día de la fecha.

El poderoso empuje dado por las fuerzas españolas en los últimos días nos hace esperar que no ha de pasar mucho tiempo sin que oigamos el ansiado Te Deum, las misas de gracias y las fiestas religiosas en honor del Dios de nuestros ejércitos vencedores.

- Bueno; pero ¿de dónde saldrán estas misas?

Tal es la pregunta que hará para sus adentros mi ilustre pai-



sano el ministro de Ultramar, mientras piensa en amarga reflexión que es más difícil arrancarle un ochavo al Bando de España que muchos hijos a los brazos de sus madres.

Terrible y profundo contraste, que no es de ahora, sino eterno, porque si oro es lo que oro vale, aquello que vale mucho más que el oro, como es la vida del hombre, resulta que no vale oro ni nada, porque los extremos se tocan, y tanto importa el summum del valer como el colmo de la insignificancia.

A mayor corazón, más noble empuje para el sacrificio. De ahí que la madre dé sin vacilar sus hijos a la patria y el capital no dé sus ochavos, porque no teniendo humanas entrañas, no hay que buscar en él humanos efectos.

No sé si filosofaré de este modo el simpático consejero que hoy lleva sobre sí el peso más ingrato y menos lucido de la campaña de Cuba; pero tiempo le queda de filosofar mientras aguarda a la puerta de nuestro primer establecimiento de crédito en situación parecida a la del famoso forzado de Góngora:

Amarrado a un duro Banco,  
peor que el de una galera,  
ambas manos en el remo  
y ambos ojos en su tierra,  
un ministro de Ultramar  
en la playa de Marbella  
se quejaba al ronco són  
del remo y de la cadena.





La guerra entra, por consiguiente, en una fase no prevista en ninguna obra de táctica militar, y capaz de volver loco a cualquier estratega de los que por acá hacen y deshacen sobre el mapa de Cuba.

¿Huye el enemigo? Pues ¡ya se sabe! a enemigo que huye, puente de plata. Pero ¿de dónde sacamos la plata para hacer el puente?

¿Hace cara el enemigo? Pues no queda otro remedio que batir el cobre. Pero ¿queda siquiera algún perro chico por batir?

Problema es éste que aunque pueda plantearle cada cual en su propia mesa, no se resuelve, ciertamente, colocando soldados, sino plantando en los puntos estratégicos aquellos bien sonantes cartuchos de que se servía Perico el emperador.

Hoy por hoy, conviene tener ante la vista el mapa de Cuba.

Mas para que le dé bien la luz del sol, conviene ir a mirarlo en el corro de la Bolsa, en el patio del Banco y en las antecorralas de Hacienda y de Ultramar.

El primer acto de la guerra ha terminado con un efecto escénico tan grande y colosal como el relevo del general Martínez Campos.

Empezará el segundo entrando por el foro el general Weyler.

Y hasta que llegue este momento, claro es que nos encontramos en un entreacto, y es muy natural, por consiguiente, que despierten más interés los bastidores de la guerra que la guerra misma.

Para ésta guardamos todos nuestros optimismos.

Esa letra simbólica y morrocotuda, esa inicial del general en jefe, de la cual tanto y tan ingenioso partido sacaba Mariano de Cavia en su artículo de El Imparcial, expresa bien a las



clara que la segunda fase de la guerra ha de ser distinta en todo de la anterior, pese al viejo refrán de que "nunca segundas partes fueron buenas".

La misma lisonjera opinión de su inicial debe de tener el general en jefe, cuando lleva la barba con arreglo a las líneas de la W.

Weyler, Martínez Campos... Dos generales distintos, y dos iniciales distintas también.

Porque, ¿qué es una M sino una W vuelta del revés?

¿Y qué es una W más que una M abierta hacia arriba?

Abandonémonos a nuestro optimismo, y viendo hacia lo alto las "úes de corazón", digamos con el oficiante: isursum corda!

-o-

- ¿Esquilo el perro? es decir, ¿disuelvo las Cortes? se pregunta el presidente del Consejo en sus ratos de ocio.

- Hombre, por mí, ¡esquilelo usted! responde el país encogíendose de hombros con la más glacial indiferencia.

Y es natural: porque ese perro, como los pasados perros colegisladores, no han sido nunca de la nación. El divorcio entre éste y las Cortes cada vez está más patente, y no habría ningún padre de la patria que se sometiera políticamente a la investigación de su paternidad.

De ahí que el problema de la disolución, pese al famoso y ya olvidado mensaje de los republicanos, y pese también al brío con que D. Práxedes se apercibe a defender lo que es suyo, no pase de ser un tópico del cual echan mano los diarios cuando no tienen otros Maceos de qué tratar.



D. Antonio se niega a gobernar con las Cortes actuales, como se negaría cualquiera a vestirse con ajena ropa, máxime siendo mayor el difunto, porque Sagasta es más alto que Cánovas, y Aguilera que Cos Gayón, y Maura, por de contado, más que Tejada Valdosa.

Claro es que D. Antonio no tuvo más remedio el año pasado que apechugar con la ropa parlamentaria que D. Práxedes le dejó con toda la herencia fusionista; pero mal haría en volvérsela a poner, ahora que tienen paño nuevo y sastre suyo, porque ahí está, sin ir más lejos, el ministro de Gobernación preparando los cartabones (vulgo gobernadores de provincia) y cortando patronos en la propia ley electoral.

¿Ni cómo, aunque D. Antonio quisiera, habían de servir para los usos actuales unas Cortes elegidas en Marzo del 93?

Con lo pronto que aquí pasan las modas, esa ropa está ya imposible.

D. Práxedes, sin embargo, defiende las Cortes actuales, sueña con ellas y no las suelta a tres tirones; mas ese mismo celo será causa de su desgracia, porque una noche de éstas se va a encontrar con que le atracan en una esquina, le ponen al pecho un decreto de disolución de siete muelles, y habrá de soltar, mal que le pese, la preciada carga fusionista, que afortunadamente para él llevó siempre debajo del brazo.

De todas suertes, y dada la general indiferencia, el acontecimiento será considerado como un atraco vulgar, del cual darán breve cuenta los diarios en la sección de "Sucesos".

Luis Royo Villanova.